

Un piquete santaferense en pleno siglo XX

Escribe: ROBERTO M. TISNES J., CMF

Suele depararle la suerte al investigador, con no escasa frecuencia, sorpresas y hallazgos, en compensación, según creo, a la fatigante tarea investigativa.

Tal así el último caso que me ha sucedido y que me propongo relatar para gozo y contento de los lectores del BOLETIN CULTURAL Y BIBLIOGRAFICO.

Desde el pasado año he dedicado algunos momentos a investigar sobre un tema asaz atrayente y sabroso: la décima en Colombia. Y en el presente de 1976, concluída ya la que denominaríamos programación de la obra que espero vea la luz pública algún día, topeme con grande gozo mío con singular y saleroso folleto, que lleva por título el que encabeza estas líneas.

El impreso en cuestión, de 19,5 x 12,5 cms., editado en Bogotá en 1926, consta de VIII-28 páginas y 4 ilustraciones (tres paisajes de la hacienda Canoas y la correspondiente al grupo de los asistentes al piquete, entre los que fácilmente se puede distinguir a los doctores Miguel Abadía Méndez y Miguel Aguilera). Descríbese en él, como su título lo indica, la agradable y festiva reunión que tuvo lugar en la hacienda sabanera de Canoas el 3 de agosto del citado año, con motivo de la elección como presidente colombiano del doctor Miguel Abadía Méndez "uno de los más distinguidos concejales y primer Presidente de la corporación en el nuevo período", a quien se quería agasajar por sus colegas ediles.

Un piquete en honor del presidente electo es acordado por sus amigos y compañeros y sería amenizado por la correspondiente estudiantina. A última hora se permite el wiski and so-

da (sic) “en la cantidad suficiente a juicio del proveedor”. El Presidente entonces, dictatorialmente como se acostumbra en estos casos, procedió a nombrar las distintas comisiones: para comunicar a Su Excelencia lo acordado; para acompañarlo tanto a la ida como al regreso; para obtener la aquiescencia de los caballeros dueños de **Canoas**; para organizar la fiesta, para ofrecerla, etc.

Y así fue como un día de agosto de 1926, a la una y media, partieron en un tren expreso, con rumbo a **Canoas**, los miembros del Cabildo de la antigua Santafé de Bogotá y las autoridades y funcionarios municipales en asocio del Presidente electo, a los alegres aires de tiples, bandolas, guitarras y flautas.

En Soacha se dejó el expreso y poco después los automóviles, expresos también, cruzaban el puente y entraban en la histórica **Canoas**, cuya silueta traza don Tomas Rueda Vargas con inimitable galanura, en las siguientes frases: “...”.

Corta, pero exacta y bella es la descripción que hace nuestro hidalgo sabanero y donosísimo escritor de la famosa hacienda de **Canoas**, un tanto ligada a los años de seminario menor en Bosa de este casual colaborador de NOTICIAS CULTURALES.

“Un amigo me pide que haga la silueta de la hacienda de **Canoas**, y aunque temo que el sentido del campo se haya desvanecido en mí al contacto embrutecedor de escritorios y oficinas, la tentación es demasiado grande para que la rechace en el primer momento.

Entre los proyectos que no he de realizar nunca, y que por tanto forman en la línea de los más caros, de los más mimados del espíritu, de los consentidos que no dejamos salir a la calle para que no les vaya a pasar nada, está el de hacer una serie de medallones, de miniaturas de ciertas estancias sabaneras que tienen cada una su fisonomía propia e inconfundible.

Ya don José Manuel Marroquín, el escritor que mejor comprendió nuestros campos y la sicología de las gentes, dejó en su primorosa **Historia de Yerbabuena** un ejemplo que muestra hasta dónde puede enaltecer el arte un objeto que en sí mismo parece no dar tema alguno a filigranas intelectuales, y el presbítero García trazó no hace mucho una elegante silueta de la vieja **Fusca** de los Tamayos.

Sin tiempo para ahondar el tentador asunto, ni capacidades para seguir a tan altos modelos, intentaré complacer al artista amigo, y complacerme a mí mismo dando una vuelta por las lomas y potreros por donde corrieron semisalvajes las yeguas de don Pepe y sus hijos.

Canoas tiene en su misma situación geográfica una defensa contra la modernización que no posee quizá ninguna otra finca de la Sabana. El río que la circunda, los cerros que la respaldan, el bosque espeso, criadero fecundo de venados, de niebla y de leyendas; el grito sordo y continuado del Tequendama; y en diverso orden, el inevitable puente de entrada que encallejona el pensamiento del que se encamina a la adusta mansión, por el rastro de tradiciones duras, medievales, inexorables; la capilla colonial, cuidada a veces por mujeres delicadas como aquella Nuncha de los **Pasos de Ulloa**, que aterido el cuerpo por el frío del páramo y estropeada el alma por la rudeza del medio, por la tosca familiaridad de mayordomos consentidos del patrón y de perros de cacería más mimados que los hijos, se refugia en la penumbra del oratorio y pasa los largos días de soledad en quitar telarañas a los retablos, entre los cuales no faltan Vásquez y Figueroas, en preparar una primera comunión de las chicas del vecindario, en fin, en restaurar el culto, olvidado por caballeros muy católicos, mucho, pero a quienes las exigencias de la cosecha que pide la deshierba, la anegada que se viene encima porque el río está grande; un bando de pichonas que se levanta en la **Chucua** o en **Terreros**, o en **Puertagrande**; una estrepitosa riña de gallos en Soacha que ha traído aficionados hasta de tierra caliente, la guerra que se prepara para defender la fe, en suma todo lo que atrae la actividad del caballero cruzado de la Sabana antigua, le han impedido acercarse a la capilla, y a veces también ha guardado allí contra el altar el tamo para el ganado, o ha amarrado el potro de las vigas donde anidan las lechuzas.

Canoas daría tema para mucha historia y más para mucha leyenda. La poseyó hacia el segundo cuarto del siglo pasado don Sabas Uricoechea, quien la vendió a don Pepe Urdaneta. Dicen que roto ya el trato, después de discutido largamente en las casas de la hacienda, montó don Pepe para regresar a la ciudad; a las pocas cuadras notó síntomas seguros de la próxima lluvia y comprendiendo que el aguacero que se acercaba salvaría el trigal que parecía perdido, volvió riendas y cerró el negocio en

las condiciones propuestas por don Sabas. El aguacero cayó esa misma tarde y don Pepe pagó la finca con el producto del trigo.

Sobre el cerro de Canoas brilla en las mañanas de sol una gran cruz. “La puso el general, dicen los campesinos, para recordar su triunfo sobre el diablo. Todas las noches bajaba el Mandingas y se llevaba la mejor res, hasta que lo citó el patrón; tuvieron una lucha en el pico del cerro, y como el general le pudo al Malo, hizo poner la cruz, y todos fuimos con el señor cura y se mató novilla y hubo mucha pólvora”.

Cuando en la región se habla del **general**, ya se sabe que se trata de don Carlos, el hijo mayor de don Pepe, el jefe de los **Mochuelos**. Le conocí ya viejo; era un hombre hermoso, que daba una terrible impresión de fuerza, de fuerza material y de esterilidad de espíritu. Sus ideas sobre asuntos políticos eran escasas, simples y un tanto pintorescas. “Los abogados son un gran mal, me dijo entre copa y copa, si yo fuera gobierno daría un decreto reduciéndolos a un corto grupo; los del parque Santander, por ejemplo, con eso basta —y se limpia el espeso bigote con reflejos dorados—; apoyaría un buen seminario, porque es preciso que los curas sean ilustrados, y una buena escuela militar; todo lo demás estorba... La política, mi joven amigo, añadía con la voz ya un tanto turbia, es un gallinero; usted está muy chico y no comprende bien esto... Unos suben y otros bajan, todos roban. Los que vamos a pelear, solo servimos de escalera para que roben los otros, ¿no es cierto, indio **Inacio**?” añadía pasando la copa al viejo Ignacio Sánchez su compañero de guerrilla.

“Reminiscencias artísticas tampoco faltan. Allí quedaron las huellas de lujo, de buen gusto, de grandeza de Alejandro; las caricaturas y esbozos de Alberto, el eco de las rimas de tantos camaradas joviales que gozaron del singular mecenado.

Chepe salió de allí directamente a sepultarse en la cartuja de Miraflores. Los recuerdos trágicos, alegres, fastuosos, sangrientos, todo menos cómicos y triviales, perduran en aquella mansión impermeable a lo moderno no obstante sus bombas eléctricas de regadío, su maquinaria agrícola y sus sementales de pura sangre”.

La cita de uno de nuestros más deliciosos escritores, habrá deleitado seguramente a los lectores, por lo que prescindo de pedir excusas.

La colonial capilla de la hacienda echa al vuelo sus campanas y los sonidos de la cohetada anuncian a propios y extraños el arribo del presidente electo y de su selecta comitiva. Uno y otra son atendidos por los señores de **Canoas** y luego de conocidas hacienda y capilla y las hermosas vegas del río, se sientan a manteles para dar buena cuenta del piquete que les estaba preparado en consonancia con un variado y apetitoso **menu** en francesa lengua anunciado, pero en un todo colombiano por sus tradicionales viandas: cuchuco, papas, ensalada, ají, cerveza y cigarrillos...

El brindis no se hace esperar. Y estuvo a cargo del tesorero de Bogotá D. Pablo E. Murcia, quien en versos casi improvisados "dadas las pocas horas de que dispuso para ello", pone un toque poético al animado piquete, para no desmentir la tradicional vena poética de los colombianos.

Una décima lo inicia, a la que siguen 15 quintillas de fácil hechura y corrida inspiración. Transcribo la primera y algunas de las quintillas de la musa de D. Pablo E. Murcia:

*Gran pretensión ha de ser
que ante tantos trovadores,
os hable en verso, señores,
cumpliré con mi deber:
solo por obedecer
como humilde Tesorero
romperé el fuego primero
por aquello del refrán:
"donde manda capitán
nunca manda marinero".*

*Si de algún té se tratara
o de un banquete con frac,
vamos, que la cosa es clara
y nadie, creo, se afanara
por ofrecer el champán.*

*Tiene que ser muy perfecto
este brindis, y a conciencia,
sin desliz y sin defecto,
pues se dedica a un electo
y electo a la Presidencia.*

*De la ley seca, al respecto,
creo que a todos les parezca,
que al festejar al electo,
es parágrafo perfecto
se quebrante y se humedezca.*

*Como podéis advertir,
todo es aquí nacional
y sin técnicos pedir
bien se puede producir
un cuchuco colosal.*

*Como aquí hay gentes honradas,
Señor, bueno es que se sepa:
ni las papas son chorriadas,
ni las gallinas matadas
por vuestra hábil escopeta.*

*Noble amigo y gran doctor:
este piquete aceptad
que hoy celebra en vuestro honor
donde José, alcalde mayor
y ediles de la ciudad.*

*Y colegas: esto es hecho!
basta de dedicación
y con generoso pecho
vamos por propio derecho
a instalar esta sesión.*

Aplausos y comentarios rubrican el aperitivo poético ofrecido por el tesorero. Pero faltaba algo más, tan singular, atractivo y simpático, y más quizá que todo lo anterior: las décimas-biografías de cada uno de los concejales.

Correrán también a cargo de Murcia, el poeta del momento. Diez y ocho serán, rematadas con la que el fácil versificador dedicará al alcalde José Posada Tavera.

He aquí los nombres de los concejales en verso honrados: Miguel Abadía Méndez, José Posada Tavera, José Vicente Huertas, Eduardo Briceño, Liborio Escallón, Jorge Vélez, Miguel Aguilera, José María Saiz, Hernando Gómez Tanco, Adalberto Vergara y Vergara, Francisco de Paula Monsalve, Manuel J. Casís, Amadeo Abello, José J. Munévar, Alfonso Ricaurte Carrizosa y Pablo Julio Barón. Otros nueve son mencionados en la 17a. composición.

Me permito transcribir las dedicadas a Abadía Méndez, al alcalde Posada Tavera, a Escallón, Aguilera, Huertas y Casís. Léalas y saboréelas el curioso lector.

*Yo confieso francamente
que es audacia y desacato
querer hacer el retrato
de nuestro actual Presidente.
El único competente
que lo hará a la maravilla
no en una simple quintilla
sino con regios pinceles,
es el conocido Apeles,
Joaquín Quijano Mantilla.*

*Con su faz inalterable
se muestra con todo el mundo;
nunca se le ve iracundo;
siempre risueño y afable;
pero en él lo más notable
es, que si alguien con razón
le pide colocación,
con su calma acostumbrada,
siempre le dará posada
dentro de su corazón.*

(José Posada Tavera)

*Aprovecha la ocasión
como buen jurisconsulto
para no sacarle el bulto
a ninguna discusión.*

*Sus proyectos con tesón
defiende a capa y espada;
su opinión es respetada;
y aun cuando algo se trabuca
siempre lanza una peluca,
como quien no dice nada.*

(Liborio Escallón)

*Si lo pinchan, se calienta
aunque es siempre reposado;
su criterio es mesurado
y mucha calma aparenta.
Todo acuerdo que presenta
lo defiende con calor
y con sin igual valor
como hombre de pelo en pecho,
ya que es el brazo derecho
del Ministro empujador.*

(Miguel Aguilera)

*Con grandísimo interés
diz que estudió en Inglaterra,
le sirve mucho a su tierra
y nunca se hace el inglés.
Es culto, afable, cortés,
y aunque no me consta a mí
aseguran mucho aquí
que el doctor, sin ser soldado,
mucha sangre ha derramado...
¿Cómo?... Con el bisturí.*

(José Vicente Huertas).

He aquí la décima dedicada a Casís, editor bogotano de la época:

*A todos pone en galeras
este tipo excepcional;
pues desde que es concejal,
entre vivas y entre mueras
triunfa de todas maneras.*

*Ha probado en ocasiones
que al frente de sus legiones
no hay nada que lo amilane,
ni ninguno que le gane
para ganar elecciones.*

He aquí las dos finales décimas del concejal Murcia:

*Barberi, Trujillo, Holguín,
Balcázar, mi compañero,
González, el Personero,
Quijano, Posse Agustín,
Carreño, Cuéllar, en fin
y otros que están en acecho,
pues juzgan tener derecho
a que salgan retratados...
Todos quedarán grabados,
aquí, en el fondo del pecho.*

*No más retratos exhibo;
porque han de saber señores,
que al imprimir los mejores
se me dañó el negativo.
Por este u otro motivo,
posible es que en otro día
como hoy, de franca alegría,
los imprimamos despacio
cuando estemos en palacio
con el doctor Abadía.*

Salvas de aplausos y brindis —no sabemos si con whisky o con cerveza— seguían a cada improvisación del tesorero bogotano. En las décimas transcritas y en otras que en folleto quedan, no faltan alusiones más o menos finas a los concejales en ellas retratados, detalle que las hacía seguramente más interesantes y dignas de aplauso.

No podía faltar la respuesta a tan agradable y salerosa racha de décimas en honor y descripción de los ediles bogotanos. Y estuvo a cargo del alcalde, quien de esta guisa improvisó —o leyó— en honor de D. Pablo E. Murcia:

*Su cabeza de cepillo
de pelo duro y canoso
es un bloque poderoso
donde no falta un tornillo.
Pero tiene un defectillo
difícil de remediar:
y es que no quiere pagar
cuando le falta el dinero
lo cual en un Tesorero
no se puede disculpar.*

Nuevos aplausos y nuevo brindis de los asistentes, cierran el piquete gastronómico-poético en la colonial hacienda de Canoas, de la jurisdicción civil de Soacha y en límites con la aldea de Bosa, madre de Santafé, en opinión de algunos historiógrafos.

“Al caer la tarde, concluye el texto del folleto que he dado a conocer, y a los acordes del Himno Nacional, desfiló el doctor Abadía entre los aplausos de sus compañeros, terminando así una fiesta que dejó imperecederos recuerdos en los que asistieron a ella por la sincera y franca alegría que reinó, por la medida cultura de todos, y por el genio y espiritualidad de que se hizo gala, y que recuerda las antiguas tradiciones santafereñas, entre las cuales bien pudiera incluirse la que dejamos descrita aun cuando celebrada en la primera mitad del siglo XX y desaparecida ya nuestra querida Santafé”.

* * *

Con el párrafo anterior, concluye el texto de este sabroso y para mí hasta hoy desconocido impreso, muy digno de parearse con otro de más o menos la misma época, en el que eminentes señores de la literatura, la historia y la poesía dejaron donosas composiciones —décimas en su mayoría— de respuesta unas a quien los convidara a parecida y sabrosa reunión y otras —las más— a enaltecer uno de los más sabrosos platos de la cocina colombiana: **el ajiaco**.

Veintitrés fueron los concurrentes al piquete en honor del Dr. Abadía Méndez, según la foto que en el impreso aparece. No todos, como el oferente afirma, quedaron retratados en sus décimas, aunque sí la inmensa mayoría. Me permito añadir algunos datos más sobre las actuaciones de algunos de ellos en el Concejo capitalino.

Abadía Méndez, Miguel. Fue regidor de Bogotá en los años 1925-1927.

Briceño, Eduardo. Desde 1925 hasta 1929.

Aguilera, Miguel. Desde 1925 hasta 1927.

Barón, Pablo Julio. Desde 1913 a 1917 y de 1923 a 1925.

Abello Salcedo, Amadeo. Desde 1925 hasta 1927.

Casís, Manuel José. Desde 1925 hasta 1929.

Escallón Cárdenas, Liborio. Desde 1919 hasta 1921, 1925 a 1927 y 1930-1931.

Gómez Tanco, Hernando. Desde 1925 hasta 1927 y de 1931 a 1933.

La décima a él dedicada bien puede recordarse y figurar aquí:

*Correcto a carta cabal,
nunca ha trabajado en balde
pues es yerno del Alcalde,
ingeniero y concejal;
solo se mira muy mal
que figura tan preclara
del Concejo se escapara;
pues en ninguna sesión
sin motivo ni razón
jamás se le ve la cara.*

Huertas, José Vicente. Desde 1925 hasta 1927.

Monsalve, Francisco de P. Desde 1923 hasta 1927.

Munévar, José Joaquín. De 1915 a 1917 y de 1925 a 1927.

Murcia, Pablo E. De 1917 a 1919.

Posada Tavera, José. De 1915 a 1919 y de 1923 a 1925. El 30 de junio de 1925 es designado alcalde, puesto que desempeña hasta el 1º de septiembre de 1926.

Ricaurte Carrizosa, Alfonso. De 1925 a 1927.

Vélez, Jorge. De 1925 a 1927.

Vergara y Vergara, Adalberto. De 1921 a 1923 y de 1925 a 1927.

(Datos tomados del folleto *Regidores de Bogotá: 1539 a 1933* por el Dr. Enrique Ortega Ricaurte. Imprenta Municipal, Bogotá, 1933).